

la prostitución con todos sus horrores, porque para ver ese abismo, se necesita tener educada la vista en la moral y en los buenos principios; la pobre Doña Lola nada supo en su vida de toda esa gerigonza.

Ella decía que era buena cristiana y lo decía sinceramente: en efecto, oía misa y rezaba, y si no le había enseñado más á Concha era porque ella misma lo ignoraba.

Concha, abandonada por Arturo, no sería, en todo caso, más desgraciada que Doña Lola abandonada por Don Jacobo; *lanzado á la revolución*.

¿A quién apelaría Concha? A nadie, á ella misma.



CAPÍTULO IV

El lector encuentra á los pollos y se entera de lo que les sucedió después de la cena en Fulchieri

CUANDO los pollos salieron del café, buscaron campo y se fueron al jardín del zócalo.

Arturo tomó la palabra y poniendo gruesa la voz, dijo de este modo:

—Pío, es necesario que nos matemos.

—Nos mataremos, contestó Pío Blanco.

Pero señores, exclamó Pío Prieto, veremos si el asunto puede arreglarse de otro modo.

—Sólo con la muerte de uno de los dos, insistió Arturo.

—Supuesto que por una... chiquilla, quiere Arturo batirse, yo le daré gusto, pero la chica no vale la pena.

—¡Miserable! exclamó Arturo tomando una actitud de tenor *sfogatto*.

Pepe y Pío Prieto se interpusieron.

Pío Blanco tenía calma, tal vez por la convicción de su falta, pero no se retractaba.

En seguida Arturo prorrumpió en asquerosos denuestos, en insultos soeces, en palabras inmundas y quería comerse á Pío Blanco. Le escupió á la cara.

Pepe contenía á Arturo.

Pío Prieto procuraba inducir á Pío Blanco á que arreglara el asunto, ofreciendo no volver á ver á Concha; pero Pío Blanco no transijía y Arturo estaba cada vez más furioso.

Aquel altercado en la mitad de la noche, llamó la atención de los guardas, quienes á paso acelerado se dirigían ya hacia los pollos; pero éstos, para quienes un guarda-faroles era un gavilán, se escurrieron bonitamente tomando en silencio la dirección de las calles de Plateros.

Media hora después, los cuatro pollos estaban en la colonia de los Arquitectos.

Arturo, como á cincuenta pasos de Pío Prieto y de Pepe, que arreglaban, como padrinos, las condiciones del duelo, y Pío Blanco estaba á otros cincuenta pasos distante, en dirección opuesta.

Después de una larga conferencia, Pepe se volvió á donde estaba Arturo y Pío Prieto á donde estaba Pío Blanco, y en seguida volvieron á reunirse; esto se repitió varias veces, hasta que

quedó definitivamente arreglado que por ser de noche y aun cuando la luna alumbraba espléndidamente, se colocarían los contendientes á veinte pasos de distancia y á una señal avanzarían y dispararían á voluntad con el revólver.

Pepe y Pío Prieto colocaron á Arturo, y avanzando después veinte pasos, señalaron el lugar para que se colocara Pío Blanco.

Después Pío Prieto y Pepe se apartaron á un lado y sonó una palmada.

Ninguno de los contendientes se movió: sonó otra palmada.

Arturo avanzó de prisa y Pío Blanco apuntó; Arturo iba á pararse para disparar cuando se oyó el tiro de Pío Blanco, y Arturo cayó disparando su pistola.

Pío Blanco permaneció en guardia. Pío Prieto y Pepe se acercaron co-



El desafío

rriendo á Arturo, lo tocaron... ¡tenía atravesado el pecho!... Pepe al levantarlo sintió la sangre en la espalda.

—Me muero, murmuró Arturo con voz débil.

—¿Qué hacemos? dijo muy afligido Pío Prieto.

—¿Está muerto? preguntó Pío Blanco acercándose.

—Morirá pronto, le contestó Pepe.

—Fué una calaverada haber hecho las cosas de este modo, dijo Pío Prieto; pero aquí tengo amigos, tocaremos allí, añadió señalando una puerta al fin de una tapia.

—Pero haremos un escándalo, objetó Pepe.

—No importa, Arturo se muere.

Pío Blanco fué á tocar. Por fortuna contestaron pronto.

—¿Quién?

—Soy yo, Victoriano, dijo Pío Prieto; abre que importa.

—¿Es V. el niño Pío?

—Sí, yo soy, abre.

Pepe y Pío Prieto venían cargando á Arturo. Victoriano era el cuidador de una de las casas de campo de la colonia.

Se instaló al herido en la pobre cama, caliente aun, de Victoriano, y Pepe salió en busca de un médico: entre tanto Pío Prieto y Pío Blanco aflojaron los vestidos á Arturo, que había caído ya en la postración de la muerte.

Victoriano propuso á los pollos que vendería al herido y así lo hizo, rompiendo una sábana. Victoriano había sido soldado de la ambulancia, de manera que la venda aunque inútil estaba al menos bien puesta. En seguida puso lienzos mojados sobre las dos heridas que no cesaban de sangrar.

Hora y media después se oyó el

ruido de un coche; venían en él Pepe y un médico.

Arturo no había vuelto á hablar: su cuerpo solo producía un sonido estertoroso y lento.

El médico movió la cabeza, tocó el pulso, se volvió hacia los pollos, que estaban descoloridos, é hizo una señal desconsoladora. Pocos momentos después expiró Arturo, á la sazón que en el horizonte se destacaba una zona sonrosada y por todos los ámbitos de la ciudad cantaban los gallos.

El médico se despidió y Pepe y los dos Píos se quedaron viéndose por largo tiempo sin proferir una sola palabra. Los pollos estaban apurados.

En su carácter de tempraneros los pollos habían cumplido su misión, ya habían entrado en singular combate; pero aquel muerto hablaba elocuentemente con su silencio.

Un muerto siempre es una cosa muy seria, aun entre los pollos.

Arturo, el espigado, el simpático, el elegante, yacía exánime.

¿Qué harían con aquel cadáver? ¿quién se encargaría de llevar la fatal noticia á la familia del muerto? ¿qué partido tomaría el asesino?

Veamos de qué manera resolvían los pollos estas importantes cuestiones.

Desde que Dumas inundó la América española de novelas, sembró con buen éxito algunas frases que recogieron los pollos.

Esta es una de ellas: —*¿Y bien?*

Era preciso que después de la perplejidad, un pollo rompiera el silencio de este modo, así es que Pío Prieto exclamó:

—*¿Y bien?*

Pío Blanco contestó:

—¡Psh!

Y Pepe se encogió de hombros.

—Sí: respondió Pío Blanco.

Los pollos estaban lacónicos: su verbosidad se plegaba ante el cadáver.

El pollo de buena ley, el pollo de estos tiempos que corren, el pollo que mata y se suicida, y enamora y seduce y se embriaga, tiene todavía su fibra patética delante de los muertos.

Parece que no hay cadáver que no tenga el dedo en la boca diciendo: ¡silencio!

Los pollos estaban hablando quedo, como si temiesen que los oyera Arturo.

No hay quien no respete la soñada sensibilidad del tímpano auditivo de un muerto.

Vivid, sentid, y el mundo sin consideración os atronará los oídos aun

cuando os lastime; pero tan luego como estéis en la imposibilidad de oír, guardarán silencio los que os rodean, os cuidarán de las moscas, y no moverán vuestro cuerpo yerto sino con exquisito cuidado: ya no hablarán mal de vos como si temieran que abrierais un ojo, que es la chanza más pesada de un muerto.

Los pollos hacían todo esto, chupando cigarros. El cigarro es la maderita de las grandes situaciones.

El hombre como siente y como piensa, fuma. Se aflige, se mortifica, se avergüenza, y fuma.

No sabe qué hacer, y fuma.

Tiene mucho qué hacer, y fuma.

Mira á un muerto, y fuma

El cigarro es un problema sin solución.

El hombre para quien han sido, son y serán humo muchas cosas, se fami-

liariza con el humo. A la pobre inteligencia humana le queda mucho que averiguar, tiene delante siempre lo indefinido, lo abstracto, lo desconocido, y pasa por el mundo dejando sin solución la mayor parte de lo que ve.

Por eso fuma el hombre: tal vez esa nubecilla que tanto se empeña en hacer permanente delante de sus ojos, es la significación de todo lo que ignora.

Los pollos fumaban con tesón, y como dicen los fumadores, *coleaban*: lo cual quiere decir en el tecnicismo de este gran negocio de la humanidad, encender un nuevo cigarro en el cabo del anterior.

Pero humo no era lo que allí se necesitaba; y los pollos entretanto no tomaban ningún partido.

Dejando al muerto, salieron de la habitación á buscar en el fresco ambiente de la mañana, la anhelada inspiración.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1025 MONTERREY, N.M.

—Decididamente, exclamó Pío Prieto con aire magistral, Pepe irá á llevar la noticia.

—¿Yo? dijo Pepe.

—Sí: entretanto yo me quedo aquí y Pío Blanco se esconde.

—¡Esconderme! dijo Pío Blanco con una entonación propia de D. Sancho el Bravo.

—Sí, esconderte, insistió Pío Prieto: has matado un hombre.

—Pero en buena lid, como caballeros.

—Lo cual no impedirá que te aprehendan, porque las leyes no entienden de buenas lides.

—Pues no me escondo: en tal caso me denunciaré á la justicia y sufriré las consecuencias.

—No seas tonto, ocúltate mientras arreglamos las cosas y después veremos.

—No señor, mi partido está tomado. Abur, caballeros, dijo Pío Blanco calándose el sombrero hasta las cejas.

—Oye! oye! le gritaron Pepe y Pío Prieto.

Pío Blanco desapareció.

Pío Prieto y Pepe se descartaron por lo pronto de una dificultad: quedaba en pié la del muerto.

Pepe por fin fué el encargado de dar la noticia.

Pío Prieto se quedó cuidando el cadáver. Este es un cumplimiento á que todos los muertos son acreedores, y es tan estricto el ceremonial en este punto, que hay ricos que pagan veladores que hagan durante una noche los honores al muerto.

Esta antesala postrera es indispensable.

Pío Prieto cumplía por su parte, justo es decirlo, con toda la hombría de bien

y con toda la circunspección que el caso requería.

Delante del muerto fué cuando aquel pollo comenzó á horrorizarse, al grado de proponerse sériamente no hacer el amor sino á pollas libres.

Pío Blanco estaba á eso de las ocho de la mañana bajo el portal del palacio municipal. Acababa de preguntar á un policía por el señor juez en turno.

—No ha venido, le habían contestado, y Pío Blanco se puso en atalaya. Poco después de las ocho llegó el juez, que lo era el señor Lic. D. Manuel Flores Alatorre: el pollo lo siguió de cerca, subió los dos tramos de la escalera y después el tercer tramo, que conduce al vestíbulo de la alcaldía y del juzgado.

El escribano de actuaciones, dos escribientes y dos querellantes, estaban esperando al señor juez, quien después

de saludar se encaramó en su plataforma y tomó asiento delante de su mesa de despacho.

Pío Blanco había quedado de pié á la puerta, sin que nadie se apercibiera de él, hasta que subiendo á su vez á la plataforma dijo al juez:

—Señor juez en turno, tengo un asunto reservado y de la mayor importancia.

—En ese caso, dijo el juez, sírvase usted pasar á este gabinete. Y condujo á Pío Blanco al gabinete contiguo.

Cuando el juez hubo cerrado la puerta, Pío Blanco habló de esta manera:

—Señor juez, anoche he tenido un lance de honor y he muerto á mi adversario.

Esta introducción requería una exclamación, ó cuando menos un movimiento de parte de una persona que no fuera un juez de lo criminal, de manera

que la imperturbable fisonomía del juez apenas se contrajo.

—¿Y quién era el contrario? dijo el juez.

—Mi amigo Arturo L* * ha muerto, señor juez, él lo quiso, él provocó el lance, pero yo que soy caballero y que respeto la ley, vengo á presentarme para que se me castigue.

Pío Blanco esperó que el juez hablara, seguro de oír un panegírico elocuente acerca de aquella conducta que al pollo le parecía heroica, casi novelesca.

Pero el juez manifestó la misma indiferencia y después de haber escuchado con mucha atención, mandó extender en forma las primeras diligencias, y dos horas después, Pío Blanco se encontraba formalmente preso.

A las diez de la mañana comenzó á circular por todas partes la fatal noticia;

la familia de Arturo estaba inconsolable, y como el pollo muerto pertenecía á una clase elevada de la sociedad, el ruido fué mayor y mayores las demostraciones y el movimiento en los altos círculos.

Entraron en escena media docena de pollas encopetadas, como acreedoras á pasados guiños y galanterías. Quién de ellas recordaba cierta danza, aquella una declaración amorosa, la otra un *bouquet* (entre pollas sería muy prosaico decir ramillete). Finalmente, las pollas cumplían con el deber de los honores póstumos, y sin disputa aquellos fueron los momentos en que el pobre Arturo gozó de mejor reputación en toda su vida.

Un periódico dió al día siguiente la noticia, y la reprodujeron los demás, algunos con tal ó cual moraleja: en la tarde se verificó el entierro en el pan-